

tiempo al frente de una fuerte coalición; es que considera favorable el momento en que V. M. habrá firmado la paz y se hallará desposeído de todos los recursos para defenderme.» Para no verse sorprendido, tomaba el monarca prusiano algunas precauciones, tales como suplicar al emperador que no hiciera retirar al interior á su cuerpo de ejército que todavía se encontraba en la frontera, y preguntar si podía contar con el auxilio de Alejandro (1). «El rey - dice Lombard - no podía volver á perder el Hannover sin perderlo todo, el precio de veinte sacrificios, la última garantía de su seguridad y la última justificación que á su honor quedaba. Demostrada la intención de Francia, presentábase á los ojos del rey una sorpresa homicida. ¿Qué le importaba, desde este momento, la insuficiencia de sus fuerzas? No le quedaba mas remedio que sucumbir con honor ó vivir con ignominia como un cobarde, para caer tambien probablemente al poco tiempo. Planteada en este terreno la cuestión, aquel hombre prudente mostróse el mas enérgico de todos los hombres, llamando á todo el ejército á las fronteras (2).»

Los preparativos que mandó hacer el rey, en 9 de agosto, fueron considerados por el ejército y por el pueblo como una declaración de guerra y acogidos con verdadero júbilo por el cuerpo de oficiales, que participaba de los sentimientos bélicos del príncipe Luis Fernando. No obstante, aquellos preparativos solo estaban destinados á resistir un ataque que el rey esperaba del Oeste (3). En virtud de la orden de marcha que dió á las tropas que se encontraban en Westfalia y en el Hannover, debía formarse en el Elba, en Magdeburgo, un núcleo de fuerzas que con las tropas magdeburguesas, con el cuerpo de ejército que el general Kalkreuth tenia en Launburgo y con las guarniciones de Berlin y Potsdam podía evitar toda sorpresa. Si esta sorpresa no tenia efecto y quedaba en suspenso la restitución del Hannover, por haber fracasado la paz con Inglaterra, á estos preparativos podía seguir, como en noviembre de 1805, el desarme; no se deducía, pues, de ellos necesariamente la guerra. Cuando Laforest se quejó de las medidas militares adoptadas en 9 de agosto, contestó el conde Haugwitz: «El rey se encuentra por todas partes rodeado de tropas francesas, y por lo mismo ha de prepararse contra cualquier sorpresa. Las tropas francesas que se han enviado á Sajonia pueden proponerse algo contra Bohemia; pero las que avanzan hácia Silesia, las que marchan sobre el Ems y las que invaden á Cléveris y á Berg no pueden estar destinadas á vigilar al Austria. ¿Están destinadas á alguna empresa contra esta corona las fortalezas que el emperador ocupó en el Wesel? Es indudable que todas estas disposiciones solo pueden haber sido adoptadas contra Prusia. Francia ha invitado á Prusia á que se una con todo el Norte de Alemania, y el rey tiene pruebas de que á Estados que pertenecen al territorio prusiano, especialmente el electorado de Hesse, se les excita vivamente á entrar en la Confederación del Rhin. Hay mas; de todos lados recibe el monarca noticias diciéndole que el emperador se propone arrebatarle muchas posesiones que le habían sido solemnemente garantizadas por el tratado de 15 de febrero. Se decía que no se había pagado bastante cara la adquisición del Hannover. Baireuth era codiciada por el rey de Baviera, el principado de Munster y el condado de la Marca por el gran duque de Berg y la Frisia oriental por Holanda. ¿No ha dicho, por ventura, el ministro de Francia en Cassel, el señor Bignon, que se daría al elector de Hesse el principado de Fulda y quizás tambien

(1) Duncker en las *Comunicaciones de la literatura histórica*, t. VI (1878), pág. 73.

(2) *Materiaux*, pág. 157.

(3) Duncker: *Comunicaciones*, etc., tomo VI, pág. 73.

á Wurzburg? Por último, el mismo lord Yarmouth ha confesado que Francia había consentido en la restitución del Hannover. Los ejércitos que rodean á Prusia, ¿no pueden estar destinados á obligarla á tales sacrificios?

»Adonde quiera que el rey dirigía la vista solo veía cosas inexplicables, y aun en el caso de la explicación mas favorable, siempre se veía irremisiblemente impulsado á creerse amenazado y á tener que adoptar ciertas medidas de precaución. Pero no iba mas allá: no amenazaba, sino que se contentaba con ponerse en estado de defensa. Esta actitud nada tenia de provocadora, pues que el monarca estaba dispuesto á decretar el desarme en cuanto Francia le diera alguna palabra tranquilizadora. Además prometía no hacer nada hasta entonces para proporcionarse apoyos, pero lo que él no quería era permanecer por mas tiempo en la incertidumbre. Si el emperador se dignaba meditar bien sobre su situación y hablar francamente, todo podría explicarse y el rey pelearía, en caso necesario, para la defensa de Francia y del sistema comun (4).»

Pero el emperador Napoleon no se dignó pronunciar ni una sola palabra tranquilizadora, manteniéndose en un frío silencio, presagio de desdichas, prosiguiendo sus trabajos de zapa en pro de la Confederación del Rhin contra Prusia y encargando á Laforest que lo viera y oyera todo y que no dijera nada. En vez de Francia, fué Rusia la que tomó la palabra y su manifestación decidió el asunto. El emperador Alejandro rechazó la paz que Oubril había firmado en Paris, en 20 de julio, y su ministro Budberg, que desde el mes de junio estaba al frente de los negocios extranjeros en sustitución de Czartoryski, notificó su resolución en una carta fechada en 15 (27) de agosto, dirigida á Talleyrand (5). Cuando, en 30 de agosto, se tuvo en Berlin noticia de este paso (6) la guarnición de esta ciudad recibió la orden de marcha y en los días 30 y 31 se puso en movimiento en dirección á Sajonia: la guerra no estaba declarada, pero de hecho había comenzado, y la gran indignación que produjo la noticia del asesinato del librero nurembergués Palm, cometido en Braunau en 25 de agosto (7), contribuyó á acallar toda idea de retroceso y de vacilación.

El día 6 de setiembre escribía Federico Guillermo al emperador Alejandro: «Solo puedo admitir la paz con dos condiciones: primera, que las tropas francesas pasen el Rhin, y segunda, que no se oponga obstáculo alguno á la Confederación de la Alemania del Norte. Conozco demasiado á Napoleon para creer que se deje imponer leyes, y por lo mismo no me queda mas recurso que la guerra. Entretanto, Bonaparte me ha hecho el favor de no promover discusión alguna sobre mis preparativos; de aquí que, según parece, tendré que tomar la iniciativa para hacer las manifestaciones decisivas. Mis tropas se ponen en todas partes en marcha, para acelerar el momento en que éstas hayan de hacerse (8).»

Conocemos ya la situación apurada en que se encontraba Federico Guillermo desde que había contraído, para un mismo caso, compromisos antitéticos con Francia y con Rusia. El momento decisivo había llegado: el tratado de 20 de julio había sido rechazado y la guerra con Napoleon podía darse como cosa cierta, tanto que Prusia debía tomar, desde aquel momento, partido en pro ó en contra de Rusia. No había que esperar la paz, debiendo únicamente mirarse la actitud

(4) Lefebvre, tomo III, págs. 195-197. Según el despacho de Laforest.

(5) Inserta en Lefebvre, tomo III, págs. 204-205.

(6) Hardenberg: *Memorias*, tomo III, pág. 167.

(7) Hauser, tomo III, pág. 699.

(8) Duncker: *Comunicaciones de literatura histórica*, tomo VI, págs. 74-75.

en que se emprendería la guerra: evitarla ó siquiera aplazarla con honor ó sin honor, con ó sin ventaja, era cosa de todo punto imposible. Para una gran potencia, como Prusia lo había sido antes, era indiscutiblemente mas digno declarar espontáneamente la guerra que verse empujada violentamente á ella, como se había intentado el año anterior, y debía producir mejor impresión moral hacerla en pro de la Alemania del Norte que por el interés propio. Además, bajo el punto de vista militar era mucho mas ventajoso atacar que esperar el ataque del enemigo. Todo esto era contrario á las inclinaciones del rey, de suerte que sus consejeros tuvieron que hacer grandes esfuerzos para llevarle á este camino y para mantenerle en él; pero hay que confesar que hicieron cuanto pudieron para infundirle valor y confianza. En 16 de setiembre le escribió el conde Haugwitz: «Hoy se encuentra Prusia al frente de 180,000 prusianos, sajones y hesseses, es decir, de las mejores tropas de Alemania, que arden en deseos de vengar el honor nacional, de combatir por la causa justa, por la existencia, por la seguridad, por la independencia de todos, y que están perfectamente convencidos de que únicamente por la fuerza de las armas puede conseguirse este objeto y lograrse una paz honrosa para el porvenir. Está, además, segura de la cooperación de Rusia y de la confianza del Austria, y tendrá inmediatamente el auxilio de Inglaterra. Tiene en su favor no solo la opinión nacional, que clama unánimemente por que se oponga un dique á la corriente, antes de que arrastre lo que le es mas caro, y que está toda dispuesta á sacrificarse por completo para conseguir este fin, sino tambien la opinión de todos los hombres, incluso los de Francia, Italia, Holanda y, en una palabra, de toda Europa, á quienes indigna la injusticia y que saben apreciar el valor de la independencia. Prusia es tambien y lo será siempre la cabeza, el punto de reunión de todos los Estados, de todos los pueblos que quieren sacudir el yugo ó que aborrecen el espíritu de dominación universal que ya no puede por mas tiempo desconocerse que anima al soberano de Francia (1).»

Tambien Hardenberg influyó en este sentido en el ánimo del rey. El día 17 de setiembre llegó de su finca de Tempelberg para hablar nuevamente al monarca antes de que éste fuera á reunirse con el ejército. Acerca de la conversación que con él tuvo, escribió despues en su diario: «Fuí muy bien recibido: el rey me expuso toda la situación política. Díjele todo cuanto podía decirle para animarle, á saber: que valía mas sucumbir con honor que vivir con infamia. El rey manifestó que las probabilidades eran dudosas, á lo cual rehusé que el rey no corriera peligro, que la fuerza despertaba nuevas fuerzas, y que lo que convenia era obrar sin pérdida de momento y aprovechar el buen espíritu que en todas partes reinaba (2).»

Desde el día 7 de setiembre, Napoleon rompió su poco tranquilizador silencio, comenzando á hablar y á dejar hablar, pero solo para abusar de los deseos pacíficos del rey y para tender un lazo tras otro á su buena fe. Precisamente en 5 de setiembre había ordenado al mariscal Berthier, que se encontraba en Munich, que hiciera practicar un reconocimiento en los desfiladeros de los caminos de Bamberg á Berlin y que tomara las medidas convenientes para que ocho dias despues de recibida la orden todas sus tropas que estaban en Francfort, Memmingen y Passau, pudieran reunirse en Bamberg (3), donde solo diez jornadas les separarian de

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 364-365.

(2) Hardenberg ha consignado esta conversación en sus *Memorias* (tomo III, pág. 170), pero desfigurándola por completo. Véase Lehmann: *Memorias de Hardenberg*, en la *Revista histórica*, 39 (1878), págs. 107-108.

(3) *Corresp.*, XIII, pág. 150.

Berlin. Sin embargo, en 7 de setiembre aseguraba al general Knobelsdorff, que había sido enviado cerca de él en sustitución de Lucchesini, que ajustaría sus marchas á las de los prusianos y que si éstos no se movían de sus cuarteles de paz, tambien él haría retirar á sus tropas de Westfalia y de las fronteras de Holanda. En 10 de setiembre escribió al mariscal Berthier diciéndole que podía manifestar al rey de Baviera, en una conversación que tuviese con él, que si Prusia cometía la locura de hacerle la guerra, la Baviera se engrandecería con Baireuth (4), y al dia siguiente dijo al general Knobelsdorff que las tropas de los campamentos de Boulogne y de Meudon, lo propio que la guardia, habían marchado hácia el Rhin. «Sin embargo, añadió, todos estos movimientos cesarán el dia en que Prusia proceda al desarme.» Laforest debía expresarse en Berlin en el mismo sentido. «Si Prusia procede al desarme, - escribía Talleyrand en 12 de setiembre, - el emperador no guardará resentimiento alguno por lo sucedido y volverá á estar unido por los mismos lazos y sentimientos que hasta ahora le unieron con esa potencia. Pero no dejes de manifestar que necesitamos un desarme inmediato y que cada dia que se pierde es un siglo (5).» Con satánica perfidia se usaba este lenguaje con un rey que siempre estaba luchando con los tormentos de los casos de conciencia por si había hecho todo lo posible para vivir en una paz honrosa, por si quizás se había equivocado al creer que no podía hacer nada más, por si al fin y al cabo debía culpársele á sí mismo de las desdichas y del derramamiento de sangre que la guerra atraería sobre su nación. Este lenguaje no fué del todo inútil, pues si no tuvo por consecuencia el desarme de Prusia, fué causa de que se aplazara el rompimiento, lo cual redundaba en beneficio de Napoleon.

El general Knobelsdorff había sido enviado á Paris sin misión alguna especial. En 16 de setiembre encargó el Haugwitz, según dice en su mencionada memoria, que exigiese explicaciones terminantes primero sobre la inmediata retirada de las tropas francesas al otro lado del Rhin y segundo sobre la formación, sin obstáculo, de la Confederación del Norte, que había de comprender á todos los Estados alemanes con la sola exclusion de los indicados en el acta de la Confederación del Rhin. De la contestación que á estas preguntas se diera debía desprenderse en qué relaciones estaba la Prusia con Napoleon.

En 1.º de octubre formuló Knobelsdorff ambas preguntas con carácter de ultimatum (6), añadiendo que la retirada de los franceses debía comenzar á efectuarse el dia 8 de octubre, fecha en que el rey esperaba que le contestara. Hasta aquel dia, en el cuartel general del rey se vacilaba todavía entre la guerra y la paz, y de los planes que constantemente variaban ora sobre la idea de un ataque, ora sobre la de una defensa, no resultó, en definitiva, mas que acordar que antes del 8 ó del 9 de octubre nada se emprendiera que pudiera ser perjudicial á una inteligencia. De esta suerte ganó Napoleon tiempo para reunir todo su ejército y prepararlo á un formidable ataque á espaldas del ejército prusiano. Despues de haber derrotado en Schleiz y en Saalfeld á las avanzadas prusianas, escribió (12 de octubre) desde Gera al rey dándole irónicamente cuenta de la derrota inminente (7).

En los primeros dias de octubre el ejército prusiano había salido de Naumburgo, pasado el Saale y tomado posiciones en la falda septentrional de la selva turingia, en Weimar, Erfurt y Gotha. Este acto de tomar posiciones fué la ejecu-

(4) *Corresp.*, XIII, pág. 162.

(5) Lefebvre, tomo III, págs. 267-268.

(6) Por medio de una *Memoria* de 1.º de octubre. Véase Ranke: *Memorias de Hardenberg*, tomo IV, pág. 10.

(7) *Corresp.*, XIII, págs. 342-344.

ción, tardíamente realizada, de un plan (1) acordado en 25 de setiembre, en virtud del cual debía tomarse la ofensiva en grande escala, según el antiguo sentido prusiano, y atravesando la selva turingia á marchas forzadas, caer sobre las tropas francesas que se encontraban en Franconia, aislarlas y aniquilarlas antes de que pudieran reunirse para emprender un ataque. El hecho de atravesar el Saale y de extenderse por su orilla izquierda solo podía explicarse cuando estuviera inmediatamente seguido por la ofensiva tomada en la selva turingia y cuando esta ofensiva no se hubiese adoptado demasiado tarde. En cambio era absurdo y conducía á la perdición si se realizaba despues de haber dado á Napoleón tiempo para hacer penetrar, como poderosa cuña, su ejército, muy superior bajo muchos conceptos, en el valle del Saale y en dirección al Norte, con lo cual debía quedar cortada la retirada de los prusianos por este río, reproduciéndose lo ocurrido un año antes al ejército de Mack en el Danubio y en el Tirol. Esto fué precisamente lo que sucedió.

Cuando el cuartel general salió de Naumburgo, siguióle Federico Gentz, poco antes consejero de guerra prusiano en Berlín y á la sazón consejero imperial en Viena, que había sido destinado por el conde Haugwitz al ejército y que en la tarde del 4 de octubre de 1806 escribió en su *Diario*: «Salí de Naumburgo á las siete de la mañana. El camino que conduce á Auerstadt ofrecía el espectáculo mas magnífico que en mi vida he presenciado. El rey y la reina iban en un coche cerrado, seguido de otros veinte, y estaban por todas partes rodeados de tropas, cañones y transportes. El espectáculo era imponente. En aquel momento los carruajes atravesaban el puente de Kösen y las alturas que rodean á esta ciudad. La idea, sin embargo, de que los soberanos corrian á una batalla cuyo feliz éxito debía traer consigo un cambio radical en Europa, mientras que en el caso de un resultado adverso tantos países perdían toda esperanza de paz, hacía que esta marcha fuera tan imponente como triste (2).» En Erfurt se encargó especialmente á Gentz que tradujera al alemán el manifiesto de guerra que Lombard había redactado en francés, y obra suya fué también el texto alemán que con el título de *Manifiesto* se publicó en el cuartel general de Erfurt, en 9 de octubre de 1806. También lo fué, en parte, la proclama publicada en igual fecha, que terminaba con estas palabras: «La suerte de los pueblos y de los ejércitos está ciertamente en la mano de Dios, quien por regla general concede á la justicia victoria y prosperidad constantes. La justicia está con nosotros; con nosotros están también la confianza en la buena causa y la opinión de los contemporáneos: el buen éxito coronará nuestra empresa.» Gentz aprovechó aquella ocasión para indagar de los hombres de Estado y de los generales los motivos que habían inducido á Federico Guillermo á decidirse por la guerra, cuando siempre se había mostrado tan contrario á ella (3). Sobre este particular celebró notables conferencias con Haugwitz, Lucchesini, Lombard, Kalckreuth y otros, habiendo hecho sobre ellas notables observaciones, pero en el fondo no se vió obligado á formular la cuestión, porque nada sabía de las relaciones existentes con Rusia, que todo lo decidían, y

(1) Hopfner: *La guerra de 1806 y 1807*. Berlín, 1857, tomo I, página 156.

(2) Schlesier: *Escritos de Federico de Gentz*, Mannheim, 1838, t. II, pág. 196.

(3) En 7 de setiembre había escrito desde Dresde al conde Luis Starhemberg: «*Post nubila Phoebus - lux et tenebris*. La mas sorprendente revolución se ha llevado á cabo en Alemania. Prusia ha empuñado las armas, y esta vez para no dejarlas hasta que la guerra ó las negociaciones hayan producido un cambio esencial.»

por tanto llegó á la conclusión de que esta guerra había sido una *precipitación* «que por tantas desdichas podía estar justificada, y por la intención de los primitivos promovedores quedar ennoblecida, pero que no podía menos de ser censurada por la prudencia y la buena política (4).» Despues de preguntar acerca de cuanto pudo ocurrírsele, oyó en su conversacion con el general Kalckreuth frases proféticas que no disminuyeron poco el valor de que hasta entonces había estado animado: referíanse al general en jefe del ejército, al feld-mariscal duque Carlos de Brunswick, y decía: «El duque de Brunswick es un hombre inepto para el mando y ni tiene prevision bastante ni su carácter es suficientemente enérgico ni está á la altura de tan gran misión. Su mediocridad, su indecisión, su deslealtad, su hipocresía, su excesivo orgullo y su desmedida ambición harían fracasar la mejor empresa. Por buenas que sean las tropas y por excelente que sea el espíritu que las anime, estas ventajas no pueden compensar los inconvenientes que tal general en jefe trae consigo. El ejército no tiene confianza alguna en el duque y nunca la tendrá ni puede tenerla. El general Kalckreuth por su parte estaba dispuesto á cumplir su deber y á sacrificarse hasta el último momento, pero no podía por mas tiempo ocultarse lo que pasaba y me suplicaba que meditara bien esta su profecía, á saber: que si dentro de ocho dias (plazo transcurrido el cual debían comenzar las operaciones) no sobrevenia alguna circunstancia favorable que cambiara por completo la faz de las cosas, la campaña terminaría bien por una retirada como la de 1792, bien por una catástrofe terrible que oscureciera á la de Austerlitz (5).»

CAPITULO VI

JENA, AUERSTADT, EYLAU, TILSIT

Contra la política de conservación de la paz á toda costa habíase formado alrededor de Federico Guillermo, y hasta entre los que mas cerca de él se encontraban, una atmósfera tal, que la continuación de aquella política se había hecho de todo punto imposible. En 1806 este Estado, organizado bajo un régimen de subordinación militar, había presenciado prodigios y milagros. En el mes de mayo el ministro de Hacienda, el barón Carlos de Stein, había hecho llegar á manos de la reina una memoria en la cual se formulaban, con palabras en extremo duras, graves cargos contra «las impuras y débiles manos» á las cuales tenía el rey confiada la dirección de los negocios extranjeros, y cuya continuación al frente de este departamento amenazaba producir «la disolución del Estado ó la pérdida de su independencia (6).» En 2 de setiembre entregóse al mismo rey un memorial firmado por sus hermanos los príncipes Enrique y Guillermo, por el príncipe Luis Fernando, por el príncipe de Orange, por Stein y por los generales Ruchel y Phull, en el cual se pedía la destitución del conde Haugwitz, fundándose en que el alejamiento de este ministro era la única garantía de que á los armamentos que se estaban haciendo no seguiría, como en 1805, el desarme. Además se lanzaba contra él y contra el gabinete secreto la censura - cuya injusticia está hoy plenamente probada - de soborno y de traición (7). Estos clamores de hom-

(4) Obra citada, pág. 307. En el prefacio del libro tantas veces citado de F. Noack he manifestado mi opinión sobre este particular.

(5) Obra citada, pág. 202-203.

(6) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 368-376. Véase también tomo III, pág. 105.

(7) Pertz, Stein, tomo I, págs. 347-351. Los patriotas mas nobles no creían que el conde Haugwitz pensara seriamente en la guerra. En 9 de setiembre decía el príncipe Hohenlohe al capitán de caballería

bres serios que rodeaban de cerca al trono, fueron de mas peso que todo el estrépito movido por los sables de los alcañones oficiales de la guardia, que rompieron las ventanas de la casa de Haugwitz cuando éste regresó de París, dando en cambio serenatas y aclamando al barón de Hardenberg, y que las manifestaciones ruidosas hechas en el teatro cuando en los dramas el *Campamento de Wallenstein* y la *Doncella de Orleans* se pronunciaban frases patrióticas y belicosas. Todo esto junto constituía una prueba irrefutable de que la opinión pública de todos los círculos que tenían una opinión estaba apasionadamente excitada por la situación indigna en que se encontraba Prusia, y que la nación pedía tumultuosamente un hecho de armas que pusiera término á tal situa-

ción. La fe en el ejército era inquebrantable y en visperas de la catástrofe se manifestaba de la manera mas confiada, especialmente en los círculos de los hombres mas entendidos y especialistas. No era solo el general Ruchel, á quien Clausewitz había llamado «ácido concentrado de un verdadero prusianismo,» el que opinaba que «el ejército, á pesar de todo cuanto había sucedido, era indudablemente el primero del mundo (1),» sino que también hombres como Scharnhorst y su discípulo Clausewitz mostraban entonces una confianza absoluta. El coronel Scharnhorst hizo, en la primavera de 1806, una comparación entre el ejército prusiano y el francés, diciendo respecto del primero que era superior al segundo en el movimiento de grandes masas; que su dis-



Muerte del príncipe Luis Fernando de Prusia en el combate de Saalfeld.

ciplina era mas fuerte é inspiraba mayor confianza; que sus oficiales estaban animados de un alto sentimiento del honor y que superaban á los franceses en bravura. Clausewitz se alegraba ante la idea de la batalla decisiva «con tanta ansia deseada por el ejército, de la misma manera que se podría alegrar el día de su boda,» y la esperanza de un triunfo estaba tan generalizada entre generales y oficiales como la convicción de que se luchaba por una causa buena y justa. Únicamente los que conocían al duque de Brunswick como general y á la sazón observaban de qué manera celebraba un consejo de guerra tras otro, á pesar de lo cual seguía sien-

Marwitz: «¿No queréis venir de nuevo conmigo? Hay guerra.» La contestación fué que podía ser cierto que se pensara en la guerra, pero que seguramente terminaría de un modo tan ignominioso como la del año anterior. «No; esta vez es formal. - Puede que lo sea en el momento presente, pero no se pasará mucho tiempo sin que se encuentre ocasión para convertir la formalidad en una broma pesada. - Napoleón cuidará de que así no sea, pues no nos dejará volver atrás. - Entonces será una formalidad muy sangrienta. - ¿Y por qué no queréis entrar en ella? - Si hay guerra formal, no me quedaré en casa, pero antes quiero ver por mis propios ojos que la hay, pues siempre temo que sea una ilusión como la de la última vez.» Papeles dejados á la muerte de Federico Augusto Luis de Marwitz, en Friedensdorf, tomo II (Berlín, 1852), pág. 3.

do siempre el mismo, y de qué modo sabía convertir en simulacro todo lo que consideraba parecido á un hecho, únicamente éstos esperaban llenos de pavor el día decisivo. Uno de ellos era el general Kalckreuth, de quien ya hemos hablado; otro era el consejero del gabinete secreto Lombard, que había presenciado lo de 1792 y que abandonó el cuartel general para no presenciar los horrores que preveía. Decía Lombard, en 6 de octubre, á Gentz: «Os admiráis de que, en medio de tantas razones, no haya adoptado una política distinta. ¿Conocéis al rey? Mi justificación está en esta sola pregunta. Yo quisiera saber lo que en mi lugar hubierais hecho para comenzar una guerra á los ojos de un rey que odia toda idea belicosa y que además cree no tener en sus manos los medios necesarios para entrar en lucha. En esto se funda el gran secreto de mi indecisión y de mi perplejidad. La monarquía prusiana no está organizada como otros Estados: en nuestro país durante una guerra todos los ramos gubernativos se concentran en el ejército, y por tanto el rey no pue-

(1) Max Lehmann: *Scharnhorst*, tomo I (Leipzig, 1886), pág. 408. Colmar de Goltz, *Rosbach y Jena. Estudios sobre el estado y la vida moral del ejército prusiano*. Berlín, 1883, pág. 69.